

ADIOS A EDUARDO DIESTE

por

ESTHER DE CACERES

El 2 de setiembre murió en la ciudad de Santiago (Chile), donde representaba al Uruguay en funciones de Cónsul General, el escritor Eduardo Dieste, nobilísima figura de gran significación en la historia cultural de nuestro país.

LA LICORNE, que lo contaba entre sus amigos y colaboradores, registra este duelo y publica las palabras con que Esther de Cáceres despidiera al autor de "Teseo" en el Cementerio Central de Montevideo.

Desde más allá de la mineral montaña, en un vuelo extraño y último por el aire ya fragante de la primavera, nos ha llegado Eduardo Dieste —como en tantas veces en que volvía de peregrinaje inaudito, de intenso inquirir, de dramáticas experiencias a través del mundo bello y triste.

Él llegaba hasta aquí y nos decía —en los niveles de calidad y seriedad inolvidables que hicieron de él un Maestro verdadero— tal experiencia, tal contemplación, tal éxtasis.

Ahora Eduardo Dieste ya está en silencio. Por sus libros, casi desconocidos en esta tierra suya, caminan los inmortales fuegos de su intensidad creadora.

Y así como con aquella su voz nos evocaba el milagro de un peral en flor, el milagro del amanecer, el milagro de un pórtico labrado o de una fuga de Bach, en los acentos de su prosa estricta, en que el estilo es signo de profunda experiencia espiritual, se advierte su presencia única, en figuras que son siempre la suya: un Quijote, un peregrino, un juglar, un Maestro, un amigo de pérdidas épocas, que ya no veremos más.

Era difícil no amar a Eduardo Dieste. Era difícil comprenderlo. Y esto a causa de su austeridad, de las calidades singulares de su ser, de su dramático destino que Juan Parra del Riego evocara en la dedicatoria de Los Polirritmos: "Al fuerte y trágico Eduardo Dieste". Era difícil comprenderlo por la desproporción extraña que había entre la trascendencia de su persona y lo que le rodeaba.

Quizás para entrar en su misterio y en su encanto había que poseer algunas claves: por ejemplo, verlo en la reunión de amigos y asistir a la cordialidad siempre vencedora, con que daba calor al diálogo apasionante; verlo ante un paisaje, ante una barca, ante un texto esencial. Era necesario saberle su linaje, su raíz, sus sitios insignes; pensarlo junto a la ría de Arosa, en su villa marinera de Rianjo, donde los pescadores y los artesanos lo recuerdan como a un legendario y a la vez humanísimo amigo capaz de ser grave santo y de ser alegre romero...

Para comprender a Eduardo Dieste había que poseer este altísimo don tan raro que es la libertad; había que saber qué es el Espíritu y entregarse a la aventura prodigiosa de sus llamas.

En la plenitud de este Espíritu y esta Libertad vive ya para siempre Eduardo Dieste. Su grave estampa que tantas veces hizo pensar en nobles caballeros del Greco, por misterio que fué uno de sus más entrañables encantos, no excluye el recuerdo que nos deja

de su adorable gracia de "Buscón Poeta". Y así como en el Pórtico del Maestro Mateo —que tantas veces él contemplara cerca de la paterna casa de piedra en que vivió días juveniles y arduos— aparecen junto a las sagradas figuras graves y mayestáticas, otras no menos sagradas figuras sonrientes y unos ángeles que danzan su gozo, así en este aire de cipreses y lágrimas vive para nosotros el recuerdo de Eduardo Dieste tal como nos lo dió en encantadores versos, su hermano Rafael:

*Cuando se encienda la divina
llama de mundos que se van,
veréis saltando a Buscón niño
en las hogueras de San Juan
la greña en desaliño
y en el puño el pan.*

Grave señor, ágil romero, amigo entregado, encendido adorador de Dios, Eduardo Dieste nos acompañará siempre. Con su gentileza, su generosidad y su hondo amor fraterno nos dará la mano para ayudarnos a andar entre libros, entre salmos, entre cipreses, y más allá de todo esto, más allá de la última mineral montaña.

Seriembre 5 de 1954.

CARTA DESDE PARIS

por

SHERBAN SIDERY

"París cambia pero su melancolía no se altera en nada" dijo admirablemente Baudelaire. Las cartas que le envió a las ENTREGAS DE LA LICORNE plantean un verdadero problema: recrear un clima mediante un lenguaje escrito. Pues si bien *la forma de una ciudad cambia más presto, ¡ay!, que el corazón de un mortal*, no basta enumerar o comentar sus fastos; débese restituirlos a su marco, hacer que se participe de su palpitación. Algunas migajas de bizcocho sumergidas en una taza de té bastaron a Proust para triunfar del tiempo. Un cierto aroma le hizo ganar la más inesperada de las batallas. Gracias a este perfume la infancia pudo surgir indemne de un sueño que fácilmente hubiérase confundido con el de la muerte. Ya nunca más perecerá todo el cortejo de queridas sombras, el círculo encantado de los placeres, el temblor, los deslumbramientos y los descubrimientos, el árbol florecido contemplado aquella primera vez. Y él nos comunica, mejor dicho, nos dona ese clima profundamente interior. El sentimiento que experimentamos a lo largo de su lectura es tan intenso, que nos parece que se trata de nuestras propias experiencias. Es *nuestro* juego, *nuestra* vida, los que comienzan su lento desenvolvimiento. Los impresionistas crearon un milagro del mismo género. Algunos de sus cuadros en que terminamos verdaderamente *por entrar* (y pienso especialmente en *El palco*, *El molino de la Galette*, *El balcón*) nos hacen olvidar por entero el mundo exterior, en beneficio de una mirífica realidad. Pronto seremos captados por un descubrimiento que no parecerá guardar relación con el valor estético del